

por todo el resto del baile, es decir, a modo de castigo, nadie quiere invitarla a danzar. Y los jóvenes, cuando les parece conveniente, abandonan el salón de baile y permanecen en los corredores charlando y fumando o en la cantina bebiendo durante el tiempo que gusten sin que se comente su actitud al no bailar.

20—En los turnos, algunos hombres se aprovechan de la belleza de la mujer para obtener dinero que, según se dice, ha de dedicarse a la conclusión y reparación de un templo. No es doloroso ver que las señoritas clasifiquen —como sucede en los turnos— a los jóvenes según el dinero que posean o que gusten depositar en las rifas? No debía causar enojo a esas niñas el que se las llame a rifar, esto es, a acercarse a los hombres en busca del dinero que puedan darles? También en este caso son hombres egoístas los que subordinan a su ambición a las señoritas que, si tuvieran un criterio propio, no aceptarían esa misión que se les reserva a ellas únicamente.

21 —En una de las noches pasadas una agraciada niña cantaba, ante un público numeroso "*La Goajira*". Al llegar a la parte que dice:

Que yo suspiro.....ay!

Que yo suspiro.....ay!

por aquel cielo del Yumurí,

Y muy bajito.....ay!

Y muy bajito.....ay!

entono tristes cantos de allí",

varios jóvenes dieron en lanzar la misma interjección ¡ay! con un ridículo desfallecimiento de la voz a lo que contestaron con carcajadas varias señoritas que pudieron oírlos. Los hombres han acostumbrado a las niñas a ver en ellos no las cualidades, sino las habilidades que saben